El Misterio del Cofre Español
Agatha Christie



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

En punto, como de costumbre, Hércules Poirot entró en la pequeña habitación donde la señorita Lemon, su eficiente secretaria, esperaba las instrucciones del día.

A primera vista, la señorita Lemon parecía estar formada en ángulos, lo que debía satisfacer la pasión de Poirot por la simetría.

No es que Hércules Poirot llevara tan lejos su pasión por la precisión geométrica. Por el contrario, en lo tocante a mujeres tenía gustos anticuados y una preferencia muy poco inglesa por las curvas; podríamos decir incluso por las curvas voluptuosas. Le gustaba que las mujeres *fueran* mujeres. Le gustaban ampulosas, exóticas, con mucho colorido. Había habido una condesa rusa..., pero hacía mucho tiempo de eso. Una locura de juventud.

A la señorita Lemon nunca la había considerado como una mujer. Era una máquina humana, un instrumento de precisión. Su eficacia era extraordinaria. Tenía cuarenta y ocho años y la ventaja de carecer por completo de imaginación.

-Buenos días, señorita Lemon.

-Buenos días, monsieur Poirot.

Poirot se sentó y la señorita Lemon colocó ante él el correo de la mañana, clasificado en montones muy ordenados. La secretaria se volvió a su asiento y esperó, con el cuaderno y el lápiz a punto.

Pero aquella mañana iba a producirse un pequeño cambio en la rutina diaria. Poirot había llevado consigo el periódico de la mañana y estaba leyéndolo con mucho interés. Tenía unos titulares grandes y llamativos. «El misterio del cofre español. Ultimas noticias.»

-¿Supongo que habrá usted leído los periódicos de la mañana, señorita Lemon?

-Sí, monsieur Poirot. Las noticias de Ginebra no son muy buenas.

Poirot despreció las noticias de Ginebra, haciendo un amplio gesto con el brazo.

-Un cofre español -musitó-. ¿Puede usted decirme, señorita Lemon, lo que es exactamente un cofre español?

-Supongo, monsieur Poirot, que será un cofre procedente de España.

-Sí, es de suponer. Entonces, ¿no tiene usted mayor conocimiento del asunto?

-Creo que suelen ser del período isabelino. Grandes y con muchos adornos de bronce. Son bonitos cuando están en buenas condiciones y bien pulidos. Mi hermana compró uno en un saldo. Guarda en él ropa de cama. Es muy bonito.

-Estoy seguro de que en casa de cualquier hermana suya todos los muebles estarán bien cuidados -dijo Poirot, inclinándose graciosamente.

La señorita Lemon replicó tristemente que el servicio moderno no tenía idea de lo que era «darle a puño».

Poirot se quedó un poco desconcertado con la expresión, pero decidió no hacer preguntas.

Bajó de nuevo la vista al periódico, leyendo con atención los nombres: el comandante Rich, el señor y la señora Clayton, el teniente de navío

Maclaren, el señor y la señora Spence... Para él eran nombres; nada más que nombres. Sin embargo, todos ellos pertenecían a personas, que odiaban, amaban, temían... Hércules Poirot no tenía papel en aquel drama. ¡Y le hubiera gustado tener un papel en él! Seis personas en una fiesta, en una habitación que contenía un gran cofre español apoyado contra la pared; seis personas, cinco de las cuales hablaban, comían una cena fría, ponían discos en el gramófono, bailaban, y la sexta *muerta*, dentro del cofre español.

«¡Ay -pensó Poirot-, cómo le hubiera interesado a mi amigo Hastings! ¡Cómo habría volado su imaginación! ¡Qué observaciones más absurdas habría hecho! ¡Ay, *ce cher* Hastings! Hoy, aquí, en este momento, le echo de menos... En su lugar...»

Suspiró y miró a la señorita Lemon. La señorita Lemon, dándose cuenta de que Poirot no estaba de humor para dictar cartas, había destapado la máquina de escribir y esperaba el momento de ponerse con un trabajo atrasado. No le interesaban en lo más mínimo los siniestros cofres españoles con algunos cadáveres dentro, por añadidura.

Poirot suspiró y miró una fotografía del periódico. Las fotografías de los periódicos nunca eran muy buenas y aquélla estaba muy borrosa, ¡pero qué cara!

La señora Clayton, esposa de la víctima...

Obedeciendo a un impulso repentino, le tendió el periódico a la señorita Lemon.

-Mire -le dijo-. Mire esa cara.

La señorita Lemon la miró, obediente sin mostrar la menor emoción.

-¿Qué le parece, señorita Lemon? Es la señora Clayton.

La señorita Lemon cogió el periódico, miró la fotografía con indiferencia y observó.

-Se parece un poco a la mujer del gerente de nuestro Banco, cuando vivíamos tiempo atrás en Croydon Heath.

-Interesante -dijo Poirot-. Cuénteme, si tiene la bondad, la historia de la mujer de ese gerente.

-Bueno, no es lo que se dice una historia muy agradable, monsieur Poirot.

-Estaba pensando que no debía serlo. Continúe.

-Hubo muchas habladurías... sobre la señora Adams y un joven artista. Luego el señor Adams se suicidó. Pero la señora Adams no quiso casarse con el otro hombre y éste entonces tomó un veneno... Lo sacaron adelante. Por último la señora Adams se casó con un joven abogado. Creo que después de eso hubo más desgracias, pero nosotros, claro, nos habíamos marchado de Croydon Heath y ya no supe mucho más de ellos.

Poirot movió la cabeza, con expresión grave.

-¿Era guapa?

-Vaya, no precisamente guapa. Pero parece que tenía algo...

-Exacto. ¿Qué es ese algo que poseen las sirenas de la historia? ¿Las Helenas de Troya, las Cleopatras?

La señorita Lemon, con mucha decisión, colocó en la máquina una hoja de papel.

-Francamente, monsieur Poirot, nunca se me ocurrió pensar en eso. Me parecen tonterías nada más. Si la gente se ocupara de su trabajo, en lugar de ponerse a pensar en esas cosas, mucho mejor sería.

Habiendo dicho la última palabra sobre la fragilidad y pasión humana, la señorita Lemon colocó las manos sobre el teclado, esperando con

impaciencia que le permitieran comenzar su trabajo.

-Ése es su punto de vista -dijo Poirot-. Y en este momento está deseando que la deje ocuparse de su trabajo. Pero su trabajo, señorita Lemon, no consiste solamente en tomar mis cartas en taquigrafía, archivar mis papeles, atender mis llamadas telefónicas y escribir a máquina mis cartas. Todo eso lo hace usted maravillosamente. Pero yo no trato sólo con documentos; trato también con seres humanos. Y también en este terreno necesito su ayuda.

-Naturalmente, monsieur Poirot -dijo la señorita Lemon, armándose de paciencia-. ¿Qué quiere usted que haga?

-Este asunto me interesa. Me gustaría que hiciera un estudio de toda la información que traen los periódicos de la mañana y de cualquier otra información que venga en los de la tarde. Hágame un resumen de los hechos.

-Muy bien, monsieur Poirot.

Poirot se retiró a su cuarto de estar, sonriendo tristemente.

«Es una ironía -pensó- que después de mi querido amigo Hastings tenga a la señorita Lemon. ¿Podría uno imaginar mayor contraste? *Ce cher* Hastings..., ¡cómo se hubiera paseado de arriba abajo, hablando del asunto, interpretando del modo más romántico todos los incidentes, creyendo como el evangelio todo lo que han publicado los periódicos sobre el caso! ¡En cambio mi pobre señorita Lemon no disfrutará lo más mínimo con lo que le he encargado hacer!»

A su debido tiempo, la señorita Lemon se acercó a él con una hoja escrita a máquina.

-Tengo la información que quería, monsieur Poirot. Ahora, que siento decirle que no se la puede considerar muy digna de crédito. Los reportajes de los periódicos varían mucho. No podría garantizar la exactitud de más de un sesenta por ciento de la información.

-Su cálculo, probablemente, peca de moderado -murmuró Poirot-. Gracias por el trabajo que se ha tomado, señorita Lemon.

Los hechos eran sensacionales, pero muy claros. El comandante Rich, soltero y rico, había invitado a unos cuantos amigos a una fiesta de noche en su piso. Estos amigos eran el señor y la señora Clayton, el señor y la señora Spence y un tal Maclaren, teniente de navío. El teniente Maclaren era amigo muy antiguo de Rich y de los Clayton. El señor y la señora Spence, un matrimonio joven, eran amigos bastante recientes. Arnold Clayton era funcionario de Hacienda. Jeremy Spence tenía un cargo de poca importancia en un organismo del Estado. El comandante Rich tenía cuarenta y ocho años. Arnold Clayton cincuenta y cinco. Jeremy Spence treinta y siete, el teniente Maclaren cuarenta y seis. Según los informes, la señora Clayton era «bastantes años más joven que su marido». Uno de los invitados no pudo asistir a la fiesta. En el último momento, el señor Clayton tuvo que ir a Escocia, reclamado por un asunto urgente, y tenía que haber salido de la estación de King's Cross en el tren de las 8.15.

La fiesta se desarrolló como suelen desarrollarse esta clase de fiestas. Todo el mundo parecía divertirse. No hubo excesos ni borracheras. Terminó a las 11.45 aproximadamente. Primero dejaron al teniente Maclaren en su club y luego los Spence dejaron a Margharita Clayton en Cardigan Garden, muy cerca de Sloane Square, y continuaron a su casa, en Chelsea.

A la mañana siguiente, el criado del comandante Rich, William Burgess, hizo el terrible descubrimiento. El criado no vivía en la casa. Llegó temprano para arreglar el salón, antes de llevarle al comandante Rich el té de primera hora de la mañana. Mientras estaba limpiando la habitación, Burgess se sobresaltó al ver una mancha grande en la alfombra de color claro sobre la que descansaba el cofre español. Parecía haberse escurrido del cofre. El criado levantó inmediatamente la tapa del mueble y miró en el interior. Horrorizado, vio dentro del cofre el cadáver del señor Clayton, con un estilete clavado en el cuello.

Obedeciendo al primer impulso, Burgess salió corriendo a la calle y llamó al primer policía que encontró.

Éstos eran los hechos escuetos. Pero había más detalles. La policía le había dado la noticia inmediatamente a la señora Clayton, que se había quedado «completamente consternada». Había visto a su marido por última vez un poco antes de las seis de la tarde del día anterior. Clayton había llegado a casa muy irritado porque le reclamaban con urgencia en Escocia para un asunto relacionado con una propiedad suya. Había insistido en que su mujer fuera a la fiesta sin él. El señor Clayton se había ido a su club, que era también el del teniente Maclaren, había tomado una copa con su amigo y le había explicado lo que pensaba. Luego, consultando su reloj, había dicho que tenía el tiempo justo camino de King's Cross para pasar por casa del comandante Rich y explicarle la situación. Había intentado telefonearle, pero, al parecer, el teléfono estaba estropeado.

Según la declaración de William Burgess, el señor Clayton había llegado

a la casa alrededor de las 7.55. El comandante Rich había salido, pero estaba al llegar de un momento a otro, por lo que Burgess propuso al señor Clayton que pasara y le esperara. Clayton dijo que no tenía tiempo, pero que entraría y le escribiría una nota. Explicó a Burgess que iba a coger un tren en King's Cross. El criado le introdujo en el salón y se volvió a la cocina, donde estaba preparando unos canapés para la fiesta. El criado no oyó llegar a su señor, pero, unos diez minutos más tarde, el comandante Rich asomó la cabeza en la cocina y le dijo a Burgess que fuera corriendo a comprar unos cigarrillos turcos que eran los preferidos de la señora Spence. El criado así lo hizo y le llevó los cigarrillos a su señor. El señor Clayton no estaba allí, pero el criado, naturalmente, pensó que se había marchado a la estación a coger el tren.

La declaración del comandante Rich era breve y sencilla. El señor Clayton no estaba en el piso cuando él había llegado y no se había enterado del viaje del señor Clayton a Escocia hasta que la señora Clayton y los demás invitados habían llegado.

En los periódicos de la tarde venían dos sueltos más. La señora Clayton, que estaba «completamente postrada», había dejado su piso en Cardigan Gardens y se creía que se había ido a casa de unos amigos.

La segunda noticia era de «última hora». El comandante Rich había sido acusado del asesinato de Arnold Clayton y por dicho motivo le habían detenido.

-Y esto es todo -dijo Poirot mirando a la señorita Lemon-. El arresto del comandante Rich era de esperar. ¡Pero qué caso más extraordinario! ¡Qué extraordinario!. ¿No lo cree usted así?

-Son cosas que pasan, monsieur Poirot -respondió la señorita Lemon, con interés.

-¡Ah, desde luego! Pasan todos los días. O casi todos los días. Pero, por regla general, son muy comprensibles aunque lamentables.

-Sí, desde luego, parece que es asunto muy desagradable.

-El que le maten a uno de una puñalada y le metan en un cofre español es muy desagradable, para la víctima, desde luego; sumamente desagradable. Pero cuando digo que éste es un caso extraordinario, me refiero a la extraordinaria conducta del comandante Rich.

La señorita Lemon, con cierta repugnancia, manifestó:

-Parece que quiera insinuar que el comandante Rich y la señora Clayton eran muy buenos amigos... Es sólo una insinuación, no un hecho probado; por eso no lo he incluido.

-Hizo usted muy bien. Pero es una suposición que salta a la vista. ¿No tiene usted nada más que decir?

La señorita Lemon se quedó desconcertada. Poirot suspiró y lamentó la falta de la viva y dramática imaginación de su amigo Hastings. El discutir un asunto con la señorita Lemon resultaba muy penoso.

-Piense un momento en ese comandante Rich. Está enamorado de la señora Clayton; concedido. Quiere librarse del marido; concedido también; aunque si la señora Clayton está enamorada de él y son amantes, no veo la urgencia. ¿Será que el señor Clayton no quiere conceder el divorcio a su mujer? Pero no es de esto de lo que estoy hablando. El comandante Rich es un militar retirado y se dice a veces que los militares no tienen mucha inteligencia, ¿Pero, *tout de méme,* ese comandante Rich no es, no puede ser un completo imbécil?

La señorita Lemon no contestó, pensó que la pregunta era puramente

teórica.

-Bueno -dijo Poirot- ¿Qué piensa *usted* de todo esto?

-¿Que qué pienso yo? -se sobresaltó la señorita Lemon.

-*Mais oui*, ¡usted!

La señorita Lemon adaptó su cerebro al esfuerzo que se exigía de él. No se entregaba a especulación mental de ninguna clase, a menos que se lo pidieran. En sus momentos de solaz, su cerebro se llenaba con los detalles de un sistema perfecto de archivo. Éste era su único recreo mental.

-Bueno... -empezó, y se detuvo.

-Dígame lo que ocurrió, lo que usted cree que ocurrió aquella noche. El señor Clayton está en el salón, escribiendo una nota. Llega el comandante Rich..., ¿y entonces qué?

-Encuentra allí al señor Clayton. Supongo... supongo que se pelean. El comandante Rich le apuñala. Luego al ver lo que ha hecho, pues... mete el cadáver en él cofre. Hay que tener en cuenta que los invitados podían llegar de un momento a otro.

-Sí, sí. ¡Llegan los invitados! El cadáver está en el cofre. Pasa la noche. Los invitados se marchan. Y entonces...

-Pues supongo que el comandante Rich se va a la cama y... ¡Ah!

-¡Ah! -repitió Poirot-. Ahora lo ve usted. Ha asesinado usted a un hombre. Ha escondido usted el cadáver en un cofre. Y entonces... se va usted tranquilamente a la cama, sin que le preocupe en absoluto el hecho de que su criado va a descubrir el crimen por la mañana.

-¿No cabría la posibilidad de que el criado no mirara dentro del cofre? Puede que el comandante Rich no se diera cuenta de que había unas manchas de sangre.

-¿No le parece que fue un poquito despreocupado al no ir a mirar?

-Estaría conmocionado -sugirió la señorita Lemon.

Poirot alzó las manos, desesperado. La señorita Lemon aprovechó la oportunidad para salir corriendo de la habitación.

CAPÍTULO II

EL misterio del cofre español no era, estrictamente hablando, cosa de Poirot. Estaba ocupándose en aquel momento de una delicada misión por encargo de una importante compañía petrolífera, uno de cuyos magnates parecía estar complicado en un asunto dudoso. Era todo muy secreto, muy importante y sumamente lucrativo. Era lo bastante complicado para merecer la atención de Poirot y tenía la gran ventaja de requerir muy poca actividad física.

Era un asunto muy refinado y sin sangre. Crimen en las altas esferas.

El misterio del cofre español era dramático y emocionante; dos cualidades que, como Poirot le había dicho muchas veces a Hastings, suelen ser apreciadas con exceso (cosa que Hastings era muy dado a hacer). Había estado siempre muy severo con *ce cher Hastings* a este respecto y ahora él estaba reaccionando de modo muy similar a como

hubiera reaccionado su amigo; estaba obsesionado con las mujeres guapas, los crímenes pasionales, los celos, el odio y todos los demás motivos de los crímenes románticos. Quería saber todos los detalles de aquel caso. Quería saber cómo era el comandante Rich, cómo era Burgess, su criado, cómo era Margharita Clayton (aunque eso creía saberlo), cómo había sido el difunto Arnold Clayton (ya que, según él, la personalidad de la víctima era factor importantísimo en un asesinato), incluso cómo eran el teniente Maclaren, el amigo fiel, y el señor y la señora Spence, los amigos recientes.

¡Y no sabía cómo iba a poder satisfacer su curiosidad!

Más tarde, el mismo día, se puso a meditar en el asunto.

¿Por qué le intrigaba tanto aquel caso? Después de reflexionar, llegó a la conclusión de que le intrigaba porque, juzgando los hechos por los periódicos, el asunto era poco menos que imposible. Sí, había allí un problema muy difícil.

Partiendo de lo que podía aceptarse, dos hombres se habían peleado. La causa, probablemente, una mujer. En un arrebato, un hombre mató a otro. Sí, eso había ocurrido; aunque hubiera sido más natural que el marido hubiera matado al amante. Pero el caso era que el amante había matado al marido, clavándole una daga (?)... un arma poco corriente.

¿Sería italiana la madre del comandante Rich? Tenía que haber una razón que explicara la elección de la daga. (¡Algunos periódicos la llamaban estilete!) Estaba a mano y se había servido de ella. El cadáver fue escondido en el cofre. Eso era de sentido común e inevitable. El crimen no había sido premeditado y, como el criado iba a volver de un momento a otro y los cuatro invitados no tardarían en llegar, no parecía que quedara otra alternativa.

Terminada la fiesta, se retiran los invitados, el criado se había marchado más temprano y... ¡el comandante Rich se va a la cama!

Para comprender esta conducta, hay que ver al comandante Rich y averiguar concienzudamente qué clase de hombre es.

¿Sería posible que, abrumado por el horror de lo que había hecho y por la tensión de estar toda la noche tratando de parecer normal, hubiera tomado algún somnífero o sedante y dormido pacíficamente hasta más tarde de lo acostumbrado? Era posible. ¿O sería (¡qué interesante para los psiquiatras!) que el complejo de culpabilidad subconsciente había *querido* que el crimen fuera descubierto? Para llegar a una conclusión en ese punto,

había que ver al comandante Rich. Siempre se volvía a...

Sonó el teléfono. Poirot lo dejó sonar algún tiempo, hasta que se dio cuenta de que la señorita Lemon se había marchado hacía ya rato, después de llevarle la correspondencia para firmar, y que probablemente George hacía algunos momentos que había salido.

Cogió el auricular.

-¿Monsieur Poirot?

-¡Al habla!

-¡Ay, qué estupendo! -Poirot pestañeó ligeramente ante el fervor de la encantadora voz de mujer-. Le habla Abbie Chatterton.

-¡Ah, lady Chatterton! ¿Qué puedo hacer yo por usted?

-Venir lo más de prisa que pueda a un cóctel espantoso que estoy dando. No es precisamente por el cóctel, en realidad es para algo completamente distinto. Le *necesito.* Es de lo más vital. Por favor, *por favor, por favor,* no me falte. No me diga que no puede.

Poirot no iba a decir nada semejante. Lord Chatterton, aparte de ser par del reino y de pronunciar de cuando en cuando un discurso muy aburrido en la Cámara de los Lores, no era nada especial. Pero lady Chatterton era una de las personalidades más brillantes de lo que Poirot llamaba *le haut monde.* Todo lo que decía o hacía era noticia. Poseía inteligencia, belleza, originalidad y vitalidad suficiente para lanzar un cohete a la luna.

-Le *necesito.* ¡Déle un retorcidito a ese maravilloso bigote suyo y venga!

La cosa no fue tan rápida. Poirot tuvo primero que arreglarse meticulosamente. Le dio el toquecito a los bigotes y se puso en camino.

La puerta de la encantadora casa de lady Chatterton en la calle Cherlton estaba entreabierta y de dentro salía un ruido como de animales amontonados en un parque zoológico. Lady Chatterton, que tenía acaparada la atención de dos embajadores, un jugador internacional de rugby y un evangelista americano, se libró de ellos como por arte de magia y en un momento estuvo al lado de Hércules Poirot.

-¡Monsieur Poirot, qué estupendo volverle a ver! No, no tome ese Martini, que es horrible. Tengo algo especial para usted... una especie de *sirop* que beben los caídes en Marruecos. Está arriba, en mi cuartito de estar.

Abrió la marcha y Poirot la siguió escalera arriba. Lady Chatterton se detuvo para decir por encima de su hombro:

-No he suspendido la fiesta porque es esencial que nadie se entere de que aquí pasa algo y les he prometido a los criados unas gratificaciones enormes si la cosa no trasciende. No es agradable tener la casa invadida de periodistas. Y, además, bastante ha pasado ya la pobrecilla.

Lady Chatterton no se detuvo en el descansillo del primer piso, sino que siguió hasta el segundo.

Jadeando y algo desconcertado, Poirot continuó detrás de ella.

Lady Chatterton se detuvo, lanzó una mirada rápida por encima del pasamano de la escalera y abrió una puerta, exclamando:

-¡Lo tengo, Margharita! ¡Lo tengo! ¡Aquí está!

Se hizo a un lado, en actitud triunfal, para dejar pasar a Poirot, y luego hizo una presentación rápida.

-Margharita Clayton. Una amiga muy, muy querida. ¿Le ayudará usted, verdad que sí? Margharita, éste es el maravilloso Hércules Poirot. Hará todo lo que quieras, ¿verdad que sí, querido Poirot?

Y sin esperar una respuesta con la que contaba de antemano (no en

balde había sido lady Chatterton toda su vida una belleza mimada), salió precipitadamente de la habitación y escalera abajo, diciéndoles en voz alta, sin ninguna discreción:

-Tengo que volver junto a esa gente tan horrible...

La mujer, que estaba sentada en una butaca junto a la ventana, se levantó y se acercó a Poirot. La habría reconocido aunque lady Chatterton no hubiera mencionado su nombre. Allí estaba aquella frente amplia, muy amplia, el cabello oscuro que arrancaba de ella en forma de bandos, los ojos grises, muy separados... Llevaba un vestido de un negro mate, ceñido y sin escote, que hacía resaltar la belleza de su cuerpo, la blancura de magnolia de su piel. Era un rostro original, más que hermoso, uno de esos rostros de proporciones extrañas que se ven a veces en los primitivos italianos. Tenía una especie de sencillez medieval, una inocencia extraña que, pensó Poirot, podía causar más estragos que la voluptuosidad más refinada. Al hablar, lo hizo con una especie de candor infantil.

-Dice Abbie que me va usted a ayudar...

Le miró con expresión grave e interrogante.

Durante un momento, Poirot permaneció inmóvil, examinándola con gran atención. En la actitud de Poirot no había la menor impertinencia. Su mirada, amable pero inquisitiva, se asemejaba más bien a la de un médico famoso que recibe por primera vez a un paciente.

-¿Está usted segura, señora, de que *puedo* ayudarla? -dijo por fin Poirot.

Las mejillas de Margarita Clayton enrojecieron ligeramente.

-No le comprendo.

-¿Qué quiere usted que haga?

-Ah -parecía sorprendida-. Creí... que sabía quién era yo.

-Sé quién es usted. Su marido ha sido asesinado, apuñalado, y han detenido y acusado del asesinato a un tal comandante Rich.

El rubor se hizo más violento.

-El comandante Rich *no* mató a mi marido.

Rápido como una centella, Poirot preguntó:

-¿Por qué no?

Ella se le quedó mirando, perpleja:

-¿Cómo... cómo dice?

-La he desconcertado porque no le he hecho la pregunta que todo el mundo hace: la policía, los abogados... «¿Por qué iba a matar el comandante Rich a Arnold Clayton?» Pero yo pregunto lo contrario. Yo le pregunto señora, ¿por qué está usted tan segura de que el comandante Rich *no* le mató?

-Porque -hizo una breve pausa-*,* porque conozco muy bien al comandante Rich.

-Conoce usted muy bien al comandante Rich -repitió Poirot, con voz desprovista de entonación.

Tras una breve pausa, preguntó vivamente:

-¿Hasta qué punto?

Poirot no supo si ella había comprendido o no lo que quería decir: «Ésta es una mujer muy sencilla o muy sutil -se dijo-. Muchas personas deben haberse preguntado seguramente lo mismo respecto a Margharita Clayton...»

-¿Hasta qué punto? -Margharita Clayton le miraba, indecisa-. Hace cinco años... no, pronto hará los seis.

-No era eso exactamente lo que quería decir... Tiene usted que

comprender, señora, que me veré obligado a hacerle preguntas molestas. Puede que me diga la verdad; puede que mienta. A veces las mujeres tienen necesidad de mentir. Tienen que defenderse y la mentira puede ser un arma poderosa. Pero hay tres personas a las que una mujer debe decir siempre la verdad: a su confesor, a su peluquero y a su detective privado... si confía en él. ¿Confía usted en mí, señora?

Margharita Clayton suspiró profundamente.

-Sí -dijo-, confío en usted -y añadió-: Tengo que confiar en usted.

-Muy bien. ¿Qué quiere usted que haga, que encuentre al asesino de su marido?

-Sí..., supongo que sí.

-¿Pero eso no es lo esencial, verdad? ¿Entonces quiere usted que libre de sospechas al comandante Rich?

Margharita Clayton afirmó vivamente con la cabeza.

-¿Eso... y nada más que eso?

Poirot se dio cuenta de que la pregunta era innecesaria. Margarita Clayton era una mujer que nunca veía dos cosas a un tiempo.

-Y ahora -dijo Poirot- vamos con la impertinencia. ¿Usted y el comandante Rich son amantes?

-¿Quiere usted decir si tenemos relaciones ilícitas? No.

-¿Pero él estaba enamorado de usted?

-Sí.

-¿Y usted... estaba enamorada de él?

-Creo que sí.

-No parece estar muy segura.

-Estoy segura... ahora.

-¡Ah! ¿Entonces no estaba usted enamorada de su marido?

-No.

-Su respuesta es de una sencillez admirable. La mayoría de las mujeres querrían explicar muy extensamente la naturaleza de sus sentimientos. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

-Once años.

-¿Puede usted decirme algo de su marido? ¿Qué clase de hombre era?

Margharita Clayton quedóse pensativa y frunció el entrecejo.

-Es difícil. En realidad, no sé qué clase de hombre era Arnold. Era muy callado, muy reservado. No se sabía lo que estaba pensando. Era inteligente, desde luego; todo el mundo decía que era brillante... en su trabajo, quiero decir... No..., ¿cómo diría yo? Nunca hablaba de sí mismo.

-¿Estaba enamorado de usted?

-Sí, desde luego. Debía estarlo. Si no, no le hubiera importado tanto... -se calló de pronto.

-¿El que hubiera otros hombres a su alrededor? ¿Era eso lo que iba usted a decir? Y, dígame, ¿era celoso?

Margharita Clayton dijo:

-Debía de serlo.

Y luego, como si creyera que la frase necesitaba ser explicada, continuó:

-A veces se pasaba días sin querer hablar...

Poirot meneó la cabeza, pensativo.

-¿Es ésa la primera violencia que ha conocido usted en su vida?

-¿Violencia? -frunció el entrecejo y luego enrojeció-. ¿Se... se refiere usted a aquel pobre chico que se pegó un tiro?

-Sí -dijo Poirot-. A algo así es a lo que me refiero.

-No tenía idea de que me quería tanto... Me daba pena. ¡Parecía tan tímido, tan solo! Creo que debía de ser neurótico. Y luego hubo dos italianos... un duelo... ¡Fue absurdo! Ahora que, gracias a Dios, ninguno de ellos murió. ¡ Y, en serio, no me importaba nada *ninguno* de los dos! Ni tampoco lo pretendí.

-No. ¡Usted se limitaba a estar allí! Y, donde usted está, ocurren estas cosas. No es la primera vez que lo veo. *Precisamente* porque usted no se interesa, los hombres se vuelven locos. Pero el comandante Rich le interesa. De modo que tenemos que hacer lo que podamos.

Permaneció en silencio un momento. Ella le miraba con expresión grave.

-De los caracteres, que muchas veces son los que tienen verdadera importancia, vamos a pasar a los hechos concretos. Sólo sé lo que ha venido en los periódicos. Según se desprende de los reportajes, sólo dos personas han tenido oportunidad de matar a su marido; sólo dos personas pudieron haberle matado: el comandante Rich y el criado del propio comandante Rich.

Ella dijo con obstinación:

-*Sé* que Charles no lo mató.

-Entonces tiene que haber sido el criado. ¿Está usted de acuerdo?

Ella dijo, no muy convencida:

-Comprendo lo que quiere decir.

-¿Pero no está convencida de que sea cierto?

-¡Es que parece... fantástico!

-Sin embargo, es una *posibilidad.* No existe la menor duda de que su marido fue al piso, puesto que el cadáver fue encontrado allí. Si lo que cuenta el criado es cierto, el comandante Rich le mató. Pero, ¿y si lo que cuenta el criado es falso? Entonces el criado le mató y escondió el cadáver en el cofre, antes de que su señor regresara. Para él era un medio estupendo de deshacerse del cadáver. Lo único que tenía que hacer era «ver la mancha de sangre» a la mañana siguiente y «encontrar» el cadáver. Las sospechas recaerían inmediatamente en el comandante Rich.

-¿Pero, por qué tenía que matar a Arnold?

-Eso, ¿qué motivo iba a tener? No puede estar muy claro, puesto que la policía no lo ha descubierto. Es posible que su marido supiera algo deshonroso del criado y que fuera a decírselo al comandante Rich. ¿Le habló su marido alguna vez de ese Burgess?

Ella negó con la cabeza.

-¿Cree usted que se lo hubiera dicho, si lo que estoy suponiendo es cierto?

-Es difícil de decir. Puede que no. Arnold nunca hablaba mucho de la gente. Ya le he dicho que era muy reservado. No era... nunca fue *charlatán.*

-Era un hombre que se guardaba las cosas para sí... Sí, ¿y qué opina usted de Burgess?

-No es un hombre en el que se fijaría uno mucho. Bastante buen criado. Eficiente, desde luego, pero no muy refinado.

-¿Qué edad?

-Unos treinta y siete o treinta y ocho años, calculo yo. Estuvo en el ejército cuando la guerra, pero no era soldado regular.

-¿Cuánto tiempo lleva con el comandante?

-No mucho. Año y medio aproximadamente.

-¿Nunca observó nada extraño en su actitud respecto a su marido?

-No íbamos por allí con mucha frecuencia. No, no noté nada en

absoluto.

-Ahora cuénteme lo que ocurrió aquella noche. ¿Para qué hora era la invitación?

-Para las ocho y cuarto; la cena era a las ocho y media.

-¿Qué clase de reunión iba a ser?

-Pues iba a haber bebidas y una especie de cena fría, por regla general muy buena. *Foie-gras* y tostadas calientes. Salmón ahumado. Algunas veces ponían un plato caliente de arroz. Charles tenía una receta especial que había aprendido en el Cercano Oriente..., pero eso era más bien para el invierno. Luego solíamos poner música. Charles tenía un gramófono estereofónico muy bueno. Mi marido *y* Jock Maclane eran muy aficionados a la música clásica. Y poníamos música de baile; a los Spence les gustaba mucho bailar... Ese plan... una velada completamente formal. Charles sabía hacer muy bien los

honores.

-Y esa noche en particular, ¿fue como las demás? ¿No observó usted nada fuera de lo corriente, nada fuera de su sitio?

-¿Fuera de su sitio? -frunció el entrecejo un momento-. Cuando dijo usted eso... no, no me acuerdo. Había algo... -negó con la cabeza-. No. No hubo nada fuera de lo corriente aquella noche. Nos divertimos. Todo el mundo parecía tranquilo y contento -se estremeció-. Y pensar que todo el tiempo...

Poirot alzó rápidamente una mano.

-No piense. ¿Qué sabe usted del asunto que llevó a su marido a Escocia?

-No gran cosa. Había un desacuerdo sobre las restricciones para vender un terreno de mi marido. Parecía que ya estaba todo decidido y entonces surgió una complicación.

-¿Qué fue lo que le dijo su marido exactamente?

-Entró con un telegrama en la mano. Si no recuerdo mal, lo que dijo fue: «Es una verdadera lata. Tendré que coger el correo nocturno de Edimburgo y ver a Johnston mañana a primera hora... Un fastidio, cuando parecía que por fin iba todo bien.» Luego dijo: «¿Quieres que llame a Jock y le diga que venga a recogerte?» Yo le respondí que no era necesario, pues cogería un taxi, y Jock o los Spence me traerían a casa. Le pregunté si quería que le preparara una maleta para el viaje y me contestó que él mismo metería unas cuantas cosas y que comería cualquier cosa en el club antes de coger el tren. Se marchó y... y ésa fue la última vez que le vi.

Le falló un poco la voz al pronunciar las últimas palabras.

Poirot le miró fijamente.

-¿Le enseñó el telegrama?

-No.

-¡Qué lástima!

-¿Por qué?

Poirot no contestó a la pregunta.

-Vamos al grano -dijo vivamente-. ¿Quiénes son los representantes legales del comandante Rich?

Ella se lo dijo y Poirot tomó en su carnet nota de la dirección.

-¿Quiere escribirme unas líneas y darme la nota? Quiero concertar una entrevista con el comandante Rich.

-Está... lo han detenido por una semana.

-Naturalmente. Ése es el procedimiento habitual. ¿Quiere hacer el favor

de escribir una nota para el teniente Maclaren y otra para sus amigos los Spence? Quiero verlos a todos y es necesario que no me pongan en la puerta.

Cuando Margharita Clayton se levantó de la mesita escritorio, Poirot añadió:

-Otra cosa. Aunque yo formaré mi opinión personal del teniente Maclaren y del señor y la señora Spence, quiero conocer la suya.

-Jock es uno de nuestros amigos más antiguos. Le conozco desde que era una niña. Parece hosco, pero en realidad es un encanto; siempre el mismo, siempre se puede contar con él... No es alegre ni divertido, pero es fuerte como una torre... Tanto Arnold como yo apreciábamos mucho su criterio.

-Y, naturalmente, ¿está también enamorado de usted? -los ojos de Poirot chispearon.

-Ah, sí -dijo Margharita alegremente-. Siempre ha estado enamorado de mí..., su amor se ha convertido en una rutina.

-¿Y los Spence?

-Son divertidos... Una compañía muy agradable. Linda Spence es una chica muy inteligente. A Arnold le gustaba mucho hablar con ella. Es atractiva, además.

-¿Y el marido?

-Ah, Jeremy es encantador. Le gusta mucho la música. También entiende bastante la pintura. Él y yo vamos mucho a ver exposiciones de pintura.

-Bueno, ya juzgaré por mí mismo -le cogió una mano-. Espero, señora, que no se arrepienta de haberme pedido que la ayudara.

Margharita abrió mucho los ojos.

-¿Por qué habría de arrepentirme? -preguntó.

-Nunca se sabe -dijo Hércules Poirot misteriosamente.

Al bajar la escalera Poirot iba diciéndose a sí mismo:

«Y yo... yo no sé nada.»

El cóctel continuaba en pleno apogeo, pero Poirot se escabulló y salió a la calle. «No -repitió-. No sé nada.» Estaba pensando en Margharita Clayton. Aquel candor infantil, aquella inocencia franca, ¿serían eso nada más u ocultarían algo? En la Edad Media había habido mujeres como aquélla, mujeres sobre las que la historia no ha podido ponerse de acuerdo. Pensó en María Estuardo, la reina de Escocia. ¿Sabía aquella noche en Kirk-o'Field lo que iba a ocurrir? ¿O sería completamente inocente? ¿Sería posible que los conspiradores no le hubieran dicho nada? ¿Sería una de esas mujeres sencillas o infantiles, capaces de decirles «no sé nada» y creerlo? Sentía el hechizo de Margharita Clayton. Pero no estaba del todo seguro de ella.

Mujeres como aquélla, aunque inocentes, podían ser causa de crímenes.

Mujeres como aquélla podían ser criminales de intención, aunque no lo fueran de hecho.

Su mano blanca nunca blandía el cuchillo... En cuanto a Margharita Clayton... no, no sabía qué pensar.

CAPÍTULO III

Los representantes legales del comandante Rich no estuvieron muy complacientes con Poirot. Éste no esperaba otra cosa. Dieron a entender, sin decirlo, que hubiera sido mucho más conveniente para su cliente el que la señora Clayton no diera ningún paso a su favor.

La visita de Poirot había sido de cortesía. Tenía influencia suficiente en el Ministerio del Interior y en el C. I. D.[1] para concertar una entrevista con el detenido.

El encargado del caso Clayton, inspector Miller, no era uno de los preferidos de Poirot. Sin embargo, no estuvo hostil; se limitó a estar despectivo.

-No puedo perder mucho tiempo con ese viejo chocho -le había dicho a su ayudante, antes de que Poirot fuera introducido ante su presencia-. Sin embargo, tengo que portarme con educación.

Después de saludar con toda cortesía a Poirot, observó alegremente:

-Tendrá usted que sacarse alguna carta de la manga para hacer algo por éste, monsieur Poirot. Nadie más que Rich pudo haber matado al individuo ese.

-Excepto el criado.

-¡Bueno, le concedo al criado! Es decir, como posibilidad. Pero no va a encontrar nada por ese lado. No tenía el menor motivo para matarle.

-No se puede estar tan seguro de ello. Los motivos muchas veces son muy extraños.

-Bueno, no tenía relación alguna con Clayton. Tiene un pasado completamente inocente. Y parece tener la cabeza bien sentada y ordenada. ¿Qué más quiere usted?

-Quiero comprobar que Rich no cometió el crimen.

-Para complacer a la señora, ¿eh? -el inspector Miller sonrió maliciosamente-. ¿Le ha conquistado, eh? ¿No está mal, verdad? *Cherchez la femme* con ahínco. Si no fuera porque no ha tenido oportunidad, hasta podría haberlo matado ella misma.

-¡Eso sí que no!

-¡Ah, si usted supiera! Conocí una vez a una mujer como ésa. Quitó de en medio a un par de maridos sin un pestañeo de sus inocentes ojos azules. Y en ambas ocasiones estaba destrozada por el dolor. El jurado la hubiera absuelto a poco que hubiera podido..., pero no pudo, porque las pruebas contra ella eran irrefutables.

-Bueno, amigo mío, no vamos a discutir. Lo que sí me voy a atrever a pedirle es que me dé unos cuantos datos dignos de crédito. Los periódicos publican todo lo que es noticia pero no siempre la verdad.

-Tienen que divertirse. ¿Qué quiere que le diga?

-La hora de la muerte con la mayor exactitud posible.

-Que no será muy grande porque el cadáver no fue examinado hasta la mañana siguiente. Se calculó que la muerte tuvo lugar de diez a trece horas antes del examen del cadáver. Es decir, entre las siete y las diez de la noche anterior... Le atravesaron la yugular... La muerte debió ser casi instantánea.

-¿Y el arma?

-Una especie de estilete italiano, muy pequeño y afilado como una hoja

[1] Departamento de Investigación Criminal.

de afeitar. Nadie lo ha visto nunca ni se sabe de dónde viene. Pero lo averiguaremos... Es cuestión de tiempo y paciencia.

-¿No podía haber estado por allí a mano y haberlo cogido en medio de una pelea?

-No. El criado asegura que el arma no estaba en el piso.

-Lo que me interesa es el telegrama -dijo Poirot-. El telegrama en el que llamaban a Arnold Clayton con urgencia a Escocia... ¿Era cierto que le reclamaban allí?

-No. No había ninguna complicación en Edimburgo. La transferencia del terreno o lo que fuera, seguía su curso normal.

-¿Entonces quién mandó el telegrama? ¿Será cierto que recibió un telegrama?

-Debió recibirlo... No es que creamos a ojos cerrados lo que dice la señora Clayton. Pero Clayton le dijo al criado que le habían mandado un telegrama, reclamándole a Escocia. Y se lo comunicó también al teniente Maclaren.

-¿A qué hora vio al teniente Maclaren?

-Tomaron un tentempié en el club, el club de los Ministerios. Eso fue a eso de las siete y cuarto. Luego Clayton cogió un taxi para ir a casa de Rich y llegó allí muy poco antes de las ocho. Después... -Miller extendió las manos, en un gesto amplio.

-¿Notó alguien algo raro en la actitud de Rich aquella noche?

-Bueno, ya sabe usted cómo es la gente. Después de que ocurre algo, todo el mundo cree haber notado muchas cosas que estoy seguro que no vieron en absoluto. La señora Spence dice ahora que estuvo *distrait* toda la noche. Que en varias ocasiones no contestó adecuadamente. Como si «tuviera algo en la cabeza». ¡Ya lo creo que tendría algo en la cabeza, con un cadáver en el cofre! ¡Estaría pensando cómo diablos iba a deshacerse de él! Eso suponía ya un fuerte quebradero de cabeza.

-¿Por qué no se deshizo lo más rápidamente de él?

-No me lo explico. Habría perdido la cabeza. Pero fue una locura dejarlo allí hasta el día siguiente. Nunca iba a presentársele mejor oportunidad que aquella noche. No hay portero nocturno. Pudo haber sacado el coche, meter el cadáver en el portaequipajes..., tiene un portaequipajes muy grande... y salir al campo y dejarlo en algún sitio. Podían haberle visto meter el cadáver en el coche, pero los pisos dan a una calle lateral y hay un patio donde entran los coches. A las tres de la mañana, por ejemplo, tenía bastante probabilidad de poder hacerlo. ¿Y qué es lo que hace? ¡Se va a la cama, duerme hasta tarde y se despierta con la policía en la casa!

-Se fue a la cama y durmió como podía haber dormido un inocente.

-Piense usted lo que quiera. ¿Pero lo cree usted en serio?

-No puedo contestar a esa pregunta hasta que vea por mí mismo al hombre.

-¿Cree que reconoce a un inocente nada más con verlo? No es tan fácil como eso.

-Ya sé que no es fácil y no pretendo poder hacerlo. Lo que quiero saber es si ese hombre es tan estúpido como parece.

CAPÍTULO IV

Poirot no tenía intención de ver a Charles Rich hasta haber visto a todos los demás. Empezó por el teniente Maclaren.

Maclaren era un hombre alto, de piel morena y poco comunicativo. Tenía un rostro de facciones irregulares, pero agradables. Era tímido y no resultaba fácil hablar con él. Pero Poirot perseveró.

Manoseando la nota de Margharita, Maclaren dijo como de mala gana:

-Bueno, si Margharita quiere que le diga todo lo que pueda, lo haré, desde luego. Aunque no veo que haya nada que decir. Ya lo sabe usted todo. Pero lo que Margharita quiere... siempre he hecho lo que ella ha querido, desde que tenía dieciséis años. Esa mujer tiene algo.

-Sí, lo sé -asintió Poirot, añadiendo-: Primero quiero que me conteste con toda franqueza a una pregunta. ¿Cree usted que el comandante Rich es culpable?

-Sí, lo creo, no se lo diría a Margharita, ya que quiere creer que es inocente, pero es que no veo ninguna otra solución. ¡Qué diablos! Tiene que ser culpable.

-¿Había algún resentimiento entre el comandante Rich y el señor Clayton?

-En absoluto. Arnold y Charles eran muy buenos amigos. Por eso es por lo que el asunto éste es tan extraordinario.

-Puede que la amistad del comandante Rich con la señora Clayton...

El teniente Maclaren le interrumpió:

-¡Bah! ¡Paparruchas! Todos los periódicos lo insinúan solapadamente. ¡Maldita sea! ¡La señora Clayton y Rich eran buenos amigos y nada más! Margharita tiene muchos amigos. Yo soy amigo suyo. Hace muchos años que lo soy. Y no hay nada que no pueda saber todo el mundo. Era lo mismo entre Charles y Margharita.

-Entonces, ¿no cree usted que entre ellos hubiese relaciones amorosas?

-¡No! -Maclaren estaba frenético-. No escuche a esa víbora de Linda Spence. Es capaz de decir cualquier cosa.

-Pero puede que el señor Clayton sospechara que podía haber algo entre su mujer y el comandante Rich.

-Le digo a usted que no creía nada de eso. Lo hubiera sabido, Arnold y yo teníamos mucha confianza.

-¿Qué clase de hombre era? Usted le conocía mejor que nadie.

-Arnold era un hombre muy callado. Pero era inteligente, brillante. Lo que llaman un cerebro financiero de primera clase. Tenía un alto cargo en Hacienda.

-Eso me han dicho.

-Leía mucho. Y coleccionaba sellos. Era muy aficionado a la música. No bailaba ni le gustaba mucho salir.

-¿Cree usted que era un matrimonio feliz?

El teniente Maclaren no contestó inmediatamente. Parecía estar, considerando profundamente la cuestión.

-Eso es muy difícil de saber... Sí, creo que eran felices. Él la quería mucho, a su manera, sin grandes demostraciones. Estoy seguro de que ella le quería a él. No era probable que se separaran, si eso es lo que está usted pensando. Puede que no tuvieran mucho en común.

Poirot asintió con un movimiento de cabeza. No era fácil que consiguiera nada más.

-Háble me ahora de la última noche -dijo-. El señor Clayton cenó con usted en el club. ¿Qué fue lo que le comunicó?

-Me dijo que tenía que ir a Escocia. Parecía irritado ante la idea. Dicho sea de paso, no cenamos. No había tiempo. Él comió unos bocadillos y tomó una copa, y yo sólo una copa. No olvide que iba a cenar fuera.

-¿Le habló el señor Clayton de un telegrama?

-Sí.

-¿No se lo llegó a enseñar?

-No.

-¿Dijo que iba a pasar por casa de Rich?

-No lo aseguró. Dijo que no creía que tuviera tiempo. «Margharita se lo explicará, o explícaselo tú. Acompañarás a casa a Margharita, ¿verdad?» Después de decir esto se marchó. Todo fue muy natural.

-¿No sospechaba en lo más mínimo que el telegrama no fuera auténtico?

El teniente Maclaren parecía muy sorprendido.

-Al parecer, no.

-¡Qué extraño!

Quedó pensativo y luego, bruscamente, exclamó:

-Eso sí que es raro. ¿Qué objeto tenía eso? ¿Qué motivo iba a tener nadie para que fuera a Escocia?

-Es una pregunta difícil de contestar.

Hércules Poirot se despidió, dejando al teniente dándole vueltas al asunto.

CAPÍTULO V

Los Spence vivían en una casa diminuta en Chelsea. Linda Spence recibió a Poirot con grandes muestras de alegría.

-Cuénteme -dijo-. ¡Cuénteme *todo* lo que hay de Margharita! ¿Dónde está?

-No estoy autorizado para decirlo, señora.

-¡Se ha escondido bien! Margharita es muy hábil para estas cosas. Pero me figuro que la llamarán para prestar declaración en el juicio, ¿no? No puede librarse de eso.

Poirot la miró con atención. Admitió de mala gana que era atractiva al estilo moderno (lo que equivalía a parecer una niña huérfana muerta de hambre). No le gustaba ese tipo. Recortaba su cabeza una melena corta, esponjada y artísticamente despeinada, y un par de ojos agudos miraban a Poirot desde una cara no muy limpia, en la que el único maquillaje era el rojo cereza de la boca. Llevaba un enorme jersey amarillo pálido, que le colgaba casi hasta las rodillas, y pantalones negros muy ceñidos.

-¿Qué papel tiene usted en todo esto? -preguntó la señora Spence-. ¿Sacar del aprieto al amiguito? ¿Es eso? ¡Qué esperanza!

-Entonces, ¿cree usted que es culpable?

-Claro. ¿Quién otro podría ser?

Ése era el problema, se dijo Poirot. Salió del paso haciendo otra pregunta.

-¿Qué le pareció la actitud del comandante Rich en la noche fatal? ¿Como suele ser de costumbre, o distinta?

Linda Spence entornó los ojos, como si meditara profundamente.

-No, no parecía el mismo. Estaba... distinto.

-¿Distinto en qué sentido?

-La verdad, acabando de matar a un hombre a sangre fría...

-Pero usted no sabía entonces que acababa de matar a un hombre a sangre fría.

-No, claro que no.

-Entonces, ¿cómo se explicó su actitud? ¿En qué consistía la diferencia de actitud?

-Pues estaba... *distrait.* Bueno, no sé. Pero, pensando después en ello, llegué a la conclusión de que decididamente había *algo.*

Poirot suspiró.

-¿Quién llegó primero?

-Nosotros, Jim y yo. Y luego Jock. La última fue Margharita.

-¿Cuándo se mencionó por primera vez el viaje a Escocia del señor Clayton?

-Cuando llegó Margharita. Le dijo a Charles: «Arnold ha sentido muchísimo no poder venir, pero tuvo que salir corriendo para Escocia en el tren de la noche.» Charles replicó: «¡Qué fastidio!» Y entonces Jock añadió: «Perdona. Creí que ya lo sabías.» Después tomamos unas copas.

-¿No mencionó el comandante Rich en ningún momento que hubiera visto al señor Clayton aquella noche? ¿No dijo nada de que hubiera pasado por su casa, camino de la estación?

-Yo no oí nada.

-¿No le pareció extraño lo del telegrama? -continuó preguntando Poirot.

-¿Qué tenía de extraño?

-Era falso. Nadie en Edimburgo sabe nada de él.

-¡Conque era eso! Me extrañaba.

-¿Tenía usted alguna idea sobre el telegrama?

-Me parece que salta a la vista.

-¿Qué quiere usted decir exactamente?

-Señor mío, no se haga el inocente -dijo Linda-. El engañador desconocido quita de en medio al marido. Aquella noche, por lo menos, no habría moros en la costa.

-¿Quiere usted decir que el comandante Rich y la señora Clayton pensaban pasar la noche juntos?

-¿No ha oído hablar de esas cosas? -Linda parecía divertida.

-¿Y el telegrama lo mandó uno de ellos?

-No me sorprendería.

-¿Cree usted que el comandante Rich y la señora Clayton sostenían relaciones amorosas?

-Digamos que no me sorprendería. Seguro no lo sé, desde luego.

-¿Sospechaba el señor Clayton?

-Arnold era un hombre extraordinario. Era muy reconcentrado; no sé si me entiende. Yo creo que sí lo sabía. Pero era incapaz de dejarlo ver. Todo el mundo diría que era un palo seco, sin sentimientos de ninguna clase. Pero yo estoy casi segura de que en el fondo no era así. Lo raro es que me hubiera sorprendido mucho menos que Arnold hubiera matado a Charles que no al revés. Tengo la impresión de que Arnold era en realidad un hombre celosísimo.

-Es interesante eso.

-Aunque lo más natural hubiera sido que matara a Margharita. Como en «Otelo». No sé si sabe usted que tiene un éxito enorme con los hombres Margharita.

-Es una mujer bien parecida -dijo Poirot con moderación.

-No es sólo eso. Tiene algo. Entusiasma a los hombres y luego se vuelve a mirarlos sorprendida, abriendo mucho los ojos y los vuelve tarumbas.

-*Une femme fátale.*

-Sí, ése será el nombre extranjero.

-¿La conoce usted bien?

-Claro, es una de mis mejores amigas... ¡Y no me fío ni un pelo de ella!

-¡Ah! -exclamó Poirot y, dejando el tema, pasó a hablar del teniente Maclaren.

-¿Jock? ¿El perro fiel? Es un cielo de hombre. Ha nacido para ser el amigo de la familia. Él y Arnold eran amigos de verdad. Creo que era la persona con quien Arnold tenía más confianza. Además, claro, es el perro fiel de Margharita. Hace muchos años que está enamorado de ella.

-¿Y estaba también celoso de él el señor Clayton?

-¿Celoso de Jock? ¡Qué idea! Margharita le tiene verdadero cariño a Jock, pero nunca le ha dedicado un pensamiento de otra clase. No creo que nadie se lo haya dedicado... yo no sé por qué. ¡Es una lástima, porque es un auténtico sol!

Poirot pasó a hablar del criado. Pero, aparte de decir vagamente que sabía mezclar bien los cócteles, Linda Spence no parecía tener ninguna idea respecto a Burgess; apenas se había fijado en él.

Pero comprendió en seguida.

-Está usted pensando que tuvo igual oportunidad que Charles para

matar a Arnold, ¿verdad? Me parece de una improbabilidad enorme.

-Sus palabras me deprimen, señora. Pero también me parece, aunque probablemente no estará usted de acuerdo conmigo, que también es altamente improbable no que el comandante Rich haya matado a Arnold Clayton, sino que lo haya matado del modo especial en que lo hizo.

-¿Con el estilete? Sí, desde luego; está fuera de lugar. Hubiera sido más natural utilizar un instrumento romo. O podía haberle estrangulado.

Poirot suspiró.

-Otra vez Otelo. Sí, Otelo... Acaba de darme usted una pequeña idea.

-¿Sí? ¿Qué...? -se oyó el ruido de una llave al girar en una cerradura y el de una puerta al abrirse-. Ah, ahí está Jeremy. ¿Quiere usted hablar también con él?

Jeremy Spence era un hombre de aspecto agradable, de unos treinta y tantos años, bien vestido y de una discreción que casi resultaba jactanciosa. La señora Spence murmuró que le era preciso ir a echar un vistazo a un guiso que tenía en la cocina y se marchó, dejando solos a los dos hombres. Jeremy Spence no mostró nada de la encantadora sinceridad de su mujer. Se veía claramente que le desagradaba en grado sumo el verse envuelto en aquel asunto y tenía buen cuidado en contestar con reserva. Hacía tiempo que conocía a los Clayton; a Rich no tan bien. Parecía un hombre agradable. En la noche en cuestión, Rich le había parecido el de siempre. Clayton y Rich parecían estar siempre en buenos términos. Todo aquello había resultado completamente incomprensible para él.

Durante la conversación, Jeremy Spence daba a entender claramente que esperaba que Poirot se marchara pronto. Le trató con la amabilidad indispensable para no ser grosero.

-Me parece que no le gustan estas preguntas -dijo Poirot.

-Hemos tenido una buena sesión de todo esto con la policía. Me parece que ya está bien. Hemos dicho todo lo que sabemos y todo lo que hemos visto. Ahora... me gustaría olvidarlo.

-Lo comprendo perfectamente. Es de lo más desagradable el verse mezclado en una cosa así, que le pregunten a uno no sólo lo que sabe o ha visto, sino también lo que piensa.

-Mejor no pensar.

-Pero, ¿puede uno evitarlo? Por ejemplo, ¿cree usted que la señora Clayton está complicada en el asunto, que planeó con Rich la muerte de su marido?

-¡Qué barbaridad! ¡Qué voy a creerlo! -Spence parecía escandalizado y espantado-. No tenía idea de que estuvieran pensando en semejante posibilidad.

-¿No la ha sugerido su mujer?

-¡Ah, Linda! Ya sabe usted cómo son las mujeres..., siempre ensañándose unas con otras. Margharita no cuenta con muchas simpatías entre su sexo..., es demasiado atractiva. Pero esta teoría de Rich y Margharita planeando el asesinato... ¡es fantástica!

-No sería la primera vez. El arma, por ejemplo. Es más probable que un arma así pertenezca a una mujer que a un hombre.

-¿Quiere usted decir que la policía ha probado que el arma era de ella? ¡No es posible! Quiero decir que...

-No sé nada -dijo Poirot, lo cual era verdad.

Y se escabulló apresuradamente.

A juzgar por la consternación del rostro de Spence, le había dejado a

aquel caballero algo en que pensar.

CAPÍTULO VI

-Perdone que le diga, monsieur Poirot, que no veo cómo va a poder usted ayudarme.

Poirot no contestó. Estaba mirando con expresión pensativa al hombre que había sido acusado del asesinato de su amigo Arnold Clayton.

Estaba mirando la mandíbula firme, la frente estrecha. Un hombre delgado y tostado, atlético y vigoroso. Tenía cierto parecido con un galgo. Un hombre de rostro inescrutable, que había recibido a sus visitantes con manifiesta hostilidad.

-Comprendo que la señora Clayton le ha dicho que venga a verme con la mejor intención del mundo. Pero, francamente, creo que ha sido una imprudencia. Por ella y por mí.

-¿Qué quiere decir?

Rich miró con nerviosismo por encima del hombro. Pero el guardián estaba a la distancia marcada por la ley. Rich bajó la voz.

-Tienen que encontrar un motivo que justifique esta acusación absurda. Tratarán de demostrar que había... unas relaciones entre la señora Clayton y yo. Eso, como sé que la señora Clayton le habrá dicho, es completamente falso. Somos amigos y nada más. Pero, ¿no le parece que sería aconsejable que no hiciera nada por mí?

Hércules Poirot ignoró ese punto, fijando su atención en una palabra.

-Dijo usted esta acusación «absurda». Pero no es absurda.

-Yo no he matado a Arnold Clayton.

-Llámela entonces una acusación falsa. Diga que la acusación no es cierta. Pero no es *absurda.* Por el contrario, es muy plausible.

-Lo único que sé es que para mí es fantástica.

-Eso le ayudará muy poco. Tenemos que pensar en algo más útil.

-Tengo mis representantes legales y éstos han contratado a un eminente abogado para que se encargue de mi defensa. No puedo aceptar el «tenemos».

Inesperadamente, Poirot sonrió.

-¡Ah! -exclamó acentuando sus ademanes extranjeros-. Es un buen metido el que me está dando. Muy bien. Me voy. Quería verle. Ya le he visto. Ya he mirado su historial. Entró usted en la Academia Militar de Sandhurst con muy buenas notas. Pasó al Estado Mayor, etcétera, etcétera. Tengo formada una opinión de usted. No es usted estúpido.

-¿Y qué tiene eso que ver con ningún concepto del asunto?

-¡Muchísimo! Es imposible que un hombre de su capacidad haya cometido un asesinato del modo que fue cometido éste. Muy bien. Es usted inocente. Háble me ahora de su criado Burgess.

-¿Burgess?

-Sí. Si usted no mató a Clayton, debió matarlo Burgess. Esta contestación es inevitable. Pero, ¿por qué? Tiene que *haber* un porqué. Usted es la única persona que conoce a Burgess lo suficiente para hacer conjeturas. ¿Por qué, comandante Rich, por qué?

-No tengo ni idea. Sencillamente, no lo creo. Sí, sí, ¡he razonado del mismo modo que usted! Burgess tuvo oportunidad para hacerlo..., la única persona, excepto yo, que tuvo oportunidad. Lo malo es que no lo creo. Burgess no es de esos hombres a los que puede uno imaginarse asesinando

a alguien.

-¿Qué opinan sobre el particular sus representantes legales?

Los labios de Rich se apretaron en un gesto torvo.

-Mis representantes legales se pasaron el tiempo preguntándome, de modo muy persuasivo, si no era cierto que toda la vida había sufrido de perdidas temporales de memoria y que en esos momentos no sabía lo que hacía.

-No sabía que las cosas estuvieran tan mal -dijo Poirot-.Bueno, puede que averigüemos que el que sufre pérdidas de memoria es Burgess. Es una idea. Vamos ahora con el arma. Se la habrán enseñado y le habrán preguntado si era suya, ¿no es así?

-No era mía. Nunca la había visto en mi vida.

-No es suya, no. Pero, ¿está usted seguro de que no la había visto nunca?

-No -Rich titubeó un segundo--. Es una especie de adorno... Por muchas casas ve uno objetos así.

-Quizás en la salita de una mujer. ¿Quizás en la salita de la señora Clayton?

-¡No!

Rich pronunció la palabra con voz muy alta y el guardián alzó la vista.

-*Tres bien.* No... y no es necesario que grite. Pero alguna vez, en algún sitio, ha visto usted algún objeto muy parecido. ¿Me equivoco?

-No creo... En alguna tienda de objetos raros...

-Ah, es muy probable -Poirot se levantó-. Ahora me retiro.

CAPÍTULO VII

-Y ahora -dijo Hércules Poirot- vamos con Burgess. Sí, vamos por fin con Burgess. Sabía algo de todas las personas relacionadas con el asunto por sí mismo y por lo que le habían dicho unas de otras. Pero nadie le había dado ninguna información sobre Burgess, ninguna indicación de la clase de hombre que era.

Al ver a Burgess comprendió por qué.

El criado estaba esperándole en el piso del comandante Rich, advertido de su visita por una llamada telefónica del teniente Maclaren.

-Soy Hércules Poirot.

-Sí, señor. Le estaba esperando.

Burgess sostuvo la puerta en actitud respetuosa y Poirot entró. El vestíbulo era pequeño y cuadrado, y a la izquierda había una puerta abierta que conducía al salón. Burgess ayudó a Poirot a despojarse de su sombrero y su abrigo y le siguió al salón.

-¡Ah! -exclamó Poirot, mirando a su alrededor-. ¿Fue aquí donde ocurrió?

-Sí, señor.

Burgess era un hombre callado, pálido y de aspecto un poco enfermizo. Movía los hombros y codos con torpeza y hablaba con voz monótona y un acento provinciano que Poirot conocía. De la costa del este, quizá. Parecía un hombre nervioso, pero, aparte de eso, no tenía características muy destacadas. Era difícil asociarlo con una acción positiva de ninguna clase. ¿Podría uno tomar como punto básico de partida a un asesino negativo?

Sus ojos azul pálido tenían esa mirada huidiza que las personas poco observadoras suelen asociar con la falta de honradez. Sin embargo, un mentiroso puede mirarle a uno a la cara con atrevimiento y confianza.

-¿Qué hacen con el piso? -preguntó Poirot.

-Sigo ocupándome de él, señor... El comandante Rich se ha encargado de que me paguen el sueldo y me ordenó que tuviese el piso en orden hasta... hasta...

Apartó los ojos, incómodo.

-Hasta... -asintió Poirot.

Y añadió en tono práctico:

-Creo que es casi seguro que el comandante Rich será juzgado. Probablemente la vista tendrá lugar antes de tres meses.

Burgess menó la cabeza, no negando, sino en señal de perplejidad.

-Parece imposible -dijo.

-¿Qué el comandante Rich sea un asesino?

-Todo el asunto. Ese cofre...

Miró a un extremo de la habitación.

-Ah, ¿de modo que ése es el famoso cofre?

Era un enorme mueble de madera muy oscura y barnizada, tachonado de bronce y provisto de una cerradura grande y antigua.

Poirot se acercó a él.

-Hermoso mueble.

Estaba colocado contra la pared, cerca de la ventana y al lado de un mueble moderno para guardar los discos. Al otro lado del cofre había una puerta entreabierta, parcialmente disimulada por un gran biombo de cuero

pintado.

-Esa puerta conduce al dormitorio del comandante Rich -dijo Burgess.

Poirot afirmó con la cabeza. Sus ojos se dirigieron al otro lado de la habitación. Había dos tocadiscos estereofónicos, colocados en sendas mesitas bajas, y de los que colgaban unos flexibles serpenteantes. Había varios butacones y una mesa grande. En las paredes, una colección de grabados japoneses. Era una habitación bonita y cómoda, pero no lujosa.

Poirot se volvió a mirar a Burgess.

-El descubrimiento del cadáver debe haberle causado una impresión muy fuerte -dijo amablemente.

-Ya lo creo, señor. Nunca lo olvidaré.

El criado empezó a hablar muy de prisa. Quizá pensara que, si repetía la historia muchas veces, acabaría por quitársela de la cabeza.

-Estaba ordenando la habitación, señor. Recogiendo copas y todo eso. Me había agachado a coger dos aceitunas del suelo cuando la vi ahí en la alfombra: una mancha oscura, rojiza. No, la alfombra se la han llevado a la tintorería. La policía ya no la necesitaba, «¿Qué es eso?», pensé. Y me dije, así como de broma: «La verdad es que parece sangre. ¿Pero de dónde viene?» Y entonces vi que venía del cofre..., por aquí, por este lado, donde está la grieta. Y dije, sin sospechar nada todavía: «¿Pero qué...?» Y levanté la tapa así -acompañó la palabra con la acción- y me encontré con el cadáver de un hombre, echado de lado, todo encogido, como si estuviera dormido. Y aquel horrible cuchillo extranjero, o daga, o lo que sea, saliéndole del cuello... ¡Nunca lo olvidaré! ¡Nunca! ¡No lo olvidaré mientras viva! La impresión... dése usted cuenta, no me lo esperaba... -respiró profundamente y prosiguió-: Dejé caer la tapa y salí corriendo del piso y bajé a la calle. Iba buscando un policía y tuve suerte, pues encontré uno ahí, a la vuelta.

Poirot le miró pensativo. Si estaba fingiendo, era muy buen actor. Empezó a temer que no estuviera fingiendo, que las cosas hubieran ocurrido exactamente como Burgess había dicho.

-¿No se le ocurrió primero despertar al comandante Rich?

-No, señor. Con la impresión... Sólo... sólo quería salir de aquí en seguida -tragó saliva-. Y... y conseguir ayuda.

Poirot asintió con la cabeza.

-¿Se dio usted cuenta de que era el señor Clayton? -preguntó.

-Debía haberme dado cuenta, pero la verdad es que no creo que lo reconociera. Claro que cuando volví con el policía dije en seguida: «Pero si es el señor Clayton.» Y él me preguntó: «¿Quién es el señor Clayton?» Y yo respondí: «Un señor que estuvo aquí anoche.»

-Ah -dijo Poirot-, anoche... ¿Recuerda usted con exactitud a qué hora llegó el señor Clayton?

-El minuto exacto no. Pero serían muy cerca de las ocho menos cuarto.

-¿Le conocía usted bien?

-Él y la señora Clayton han estado viniendo por aquí con frecuencia en el año y medio que llevo trabajando en esta casa.

-¿Parecía completamente normal?

-Creo que sí. Un poco sin aliento..., pero lo achaqué a que habría venido corriendo. Iba a coger un tren: al menos eso dijo.

-¿Llevaría consigo una maleta, puesto que se iba a Escocia?

-No, señor. Supongo que tendría un taxi esperándole abajo.

-¿Se llevó una decepción al ver que el comandante Rich no estaba en casa?

-No noté nada. Dijo que le dejaría una nota. Entró aquí y se fue al escritorio y yo me volví a la cocina. Iba un poco retrasado con los huevos con anchoas. La cocina está al final del pasillo y no se oye muy bien desde allí. No le oí salir ni tampoco entrar al señor, pero no me extrañó.

-¿Y después?

-El comandante Rich me llamó. Estaba aquí, en la puerta. Dijo que se había olvidado de los cigarrillos turcos de la señora Spence y que fuera corriendo a buscarlos. Fui a buscar los cigarrillos y los puse en esta caja. Como es natural, creí que el señor Clayton se había marchado ya a la estación.

-¿Y nadie más entró en el piso mientras el comandante Rich estaba fuera y usted estaba ocupado en la cocina?

-No, señor; nadie.

-¿Está usted seguro?

-¿Cómo iba a entrar nadie, señor? Tendrían que llamar al timbre.

Poirot meneó la cabeza. ¿Cómo iba a haber entrado nadie? Los Spence, Maclaren y la señora Clayton podían dar cuenta de todos sus actos. Maclaren estaba con unos conocidos en el club, los Spence tenían un par de amigos en casa, tomando unas copas antes de salir para casa de Rich, y Margharita Clayton estaba hablando por teléfono con una amiga a aquella hora. No es que considerara a ninguno de ellos como posible asesino. Había otras maneras de matar a Arnold Clayton, sin necesidad de seguirle a un piso donde sabían que había un criado y a donde llegaría el dueño de un momento a otro. No, lo que acababa de ocurrírsele era que podía haber entrado en la casa «un desconocido misterioso». Alguien surgido del pasado aparentemente irreprochable de Clayton, que le había reconocido en la calle y le había seguido hasta el piso. Una vez allí, le había clavado el estilete, había metido el cadáver en el cofre y había huido. Melodrama puro, sin ninguna lógica y sumamente improbable. Muy de acuerdo con las novelas románticas... haciendo juego con el cofre español.

Se dirigió de nuevo al cofre, cruzando la habitación. Levantó la tapa, que no ofreció resistencia ni hizo el menor ruido.

Con voz débil, Burgess dijo:

-Lo han fregado muy bien, señor. Tuve buen cuidado de que lo fregaran.

Poirot se inclinó sobre él. Lanzando una exclamación ahogada se inclinó más y se puso a explorar con los dedos el interior del cofre.

-Estos agujeros, aquí al fondo del cofre, en un lado... parece... parece al verlos y al tocarlos como si hubieran sido hechos muy recientemente.

-¿Agujeros, señor? -el criado se inclinó para ver-. No puedo decirle. Nunca los había visto.

-No se ven mucho. Pero ahí están. En su opinión, ¿cuál es su objeto?

-No sé qué decirle, señor. Puede que algún animal, un escarabajo, un bicho de esos que comen la madera...

-¿Un animal? -dijo Poirot-. No sé.

Se alejó del cofre.

-Cuando entró usted aquí con los cigarrillos, ¿había algo distinto en la habitación? ¿Algo, cualquier cosa? Unas sillas o una mesa fuera de su sitio, algo por el estilo...

-Es raro que diga usted eso, señor... Pues sí, había algo. Ese biombo que quita la corriente de la puerta del dormitorio estaba corrido un poco más hacia la izquierda.

-¿Así? -Poirot se movió rápidamente.

-Todavía un poco más... Así.

El biombo ocultaba antes aproximadamente la mitad del cofre. En su nueva posición lo ocultaba casi por completo.

-¿Por qué pensó usted que lo habrían movido?

-No pensé, señor.

«Otra señorita Lemon.»

Burgess, no muy convencido, añadió:

-Parece que de ese modo queda más libre el paso por la puerta del dormitorio... por si las señoras querían ir a dejar sus abrigos.

-Puede ser. Pero puede que haya otra razón -Burgess le miraba con expresión interrogante-. De esta manera, el biombo oculta el cofre y la alfombra debajo del cofre. Si el comandante Rich había matado al señor Clayton, la sangre empezaría muy pronto a gotear por las ranuras que hay en el fondo del cofre. Alguien podría ver la mancha... como la vio usted a la mañana siguiente.

-No se me había ocurrido, señor.

«Por eso el biombo fue movido de su lugar.»

-¿Es fuerte la luz de la habitación?

-Voy a encenderlas, señor.

Rápidamente, el criado corrió las cortinas y encendió un par de lámparas. Despedían una luz suave, apenas suficiente para leer. Poirot miró la lámpara del techo.

-Ésa no estaba encendida. Se usa muy poco.

Poirot miró a su alrededor, sumido dentro del resplandor suave.

El criado dijo:

-No creo que pudiera verse la mancha de sangre, señor; la luz no es lo bastante fuerte.

-Creo que tiene usted razón. Entonces, ¿por qué corrieron el biombo?

Burgess se estremeció.

-Es horrible pensar que... que un señor tan agradable como el comandante Rich haya hecho una cosa así.

-¿No tiene usted la menor duda de que ha sido él? ¿Por qué lo mató?

-Bueno, señor, ha pasado la guerra. A lo mejor le han herido en la cabeza. Dicen que algunas veces sale el efecto al cabo de años. Se ponen raros de pronto y no saben lo que hacen. Y dicen que muchas veces la toman con las personas que están más cerca de ellos y a quienes quieren más. ¿Cree usted que puede haber sido así?

Poirot le miró, suspiró y se volvió de espaldas.

-No -dijo-, no fue así.

Con ademán de prestidigitador, le metió en la mano a Burgess un papel crujiente.

-Muchas gracias, señor, pero no puedo...

-Me ha ayudado usted -dijo Poirot-. Me ha ayudado al enseñarme esta habitación, al enseñarme lo que hay en la habitación, al contarme lo que ocurrió aquella noche... ¡Lo imposible nunca es imposible! Recuérdelo. Dije que sólo había dos posibilidades. Estaba equivocado. Hay una tercera posibilidad -miró de nuevo a su alrededor y se estremeció ligeramente-. Descorra las cortinas. Deje que entre la luz y el aire. Este cuarto los necesita. Tiene que purificarse. Creo que pasará mucho tiempo antes de que quede limpio de lo que ahora lo mancha: el pertinaz recuerdo del odio.

Burgess, con la boca abierta, le tendió a Poirot el sombrero y el abrigo. Parecía completamente desconcertado. Poirot, que disfrutaba haciendo

declaraciones incomprensibles, bajó las escaleras a paso vivo.

CAPÍTULO VIII

AL llegar a su casa, Poirot llamó por teléfono al inspector Miller.

-¿Qué hubo de la maleta de Clayton? Su mujer dice que había preparado una.

-Estaba en el club. Se la dejó al portero. Luego debió olvidarse de ella y se marchó sin cogerla.

-¿Qué había dentro?

-Lo normal. Un pijama, una camisa limpia, las cosas de asearse.

-Muy concienzudo.

-¿Qué esperaba usted que hubiera dentro?

Poirot ignoró la pregunta.

-Vamos ahora con el estilete -dijo-. Le aconsejo que se ponga en contacto con la mujer que le limpia la casa a la señora Spence. Averigüe si vio alguna vez por la casa un objeto parecido.

-¿La señora Spence? -Miller lanzó un silbido-. ¿Es por ahí por donde van sus sospechas? Le hemos enseñado el estilete al señor y a la señora Spence y no lo reconocieron.

-Pregúnteles otra vez.

-Quiere usted decir...

-Y luego dígame lo que dicen...

-¡No me imagino qué es lo que cree que ha conseguido!

-Lea «Otelo», Miller. Piense en los personajes de «Otelo». Nos hemos olvidado de uno de ellos.

Colgó. A continuación llamó a lady Chatterton. El teléfono estaba comunicando.

Volvió a llamar un poco más tarde. Tampoco tuvo éxito. Llamó a Jorge, su criado, y le dijo que continuara marcando el número. Sabía que lady Chatterton era incorregible hablando por teléfono.

Se sentó en una butaca y se quitó con cuidado los zapatos de charol, estiró los dedos de los pies y se recostó.

-Estoy viejo -murmuró Poirot-. Me canso pronto... -se animó-Pero las células grises... ésas siguen funcionando. Despacio, pero funcionan. «Otelo», sí. ¿Quién fue el que me habló de «Otelo»? Ah, sí, la señora Spence. La maleta... el biombo... El cadáver, en la postura de dormir. Un asesinato hábil. Premeditado, planeado... ¡hasta creó que *disfrutado*...!

Jorge le anunció que lady Chatterton estaba al teléfono.

-Le habla Hércules Poirot, señora. ¿Puedo hablar con su invitada?

-¡No faltaba más! Ay, monsieur Poirot, ¿ha hecho usted alguna maravilla?

-Todavía no -contestó Poirot-. Pero creo que la cosa marcha.

Después oyó la voz de Margharita, tranquila, suave.

-Señora Clayton, cuando le pregunté si había notado usted algo fuera de lugar aquella noche en la fiesta frunció el entrecejo, como si recordara algo, pero luego el recuerdo se borró. ¿Sería la posición del biombo de la habitación?

-¿El biombo? Sí, claro, eso era. No estaba exactamente en el sitio de costumbre.

-¿Bailó usted aquella noche?

-Parte del tiempo.

-¿Con quién bailó más?

-Con Jeremy Spence. Baila estupendamente. Charles baila bien, pero nada especial. Él y Linda bailaban juntos y de cuando en cuando cambiábamos de pareja. Jock Maclaren no baila. Él sacaba los discos, los ponía y preparaba las bebidas.

-¿Más tarde pusieron música seria?

-Sí.

Hubo una pausa. Luego Margharita dijo:

-Monsieur Poirot, ¿a qué viene... todo esto? ¿Hay... hay esperanza?

-¿Se da usted cuenta alguna vez de los sentimientos de las personas que la rodean?

Su voz, ligeramente sorprendida, dijo:

-Supongo... supongo que sí.

-Yo supongo que no. Creo que no tiene usted ni idea. Creo que ésa es la tragedia de su vida. Pero la tragedia para los demás, no para usted. Una persona me mencionó hoy a Otelo. Le pregunté si su marido era celoso y me dijo que usted creía que debía serlo. Pero lo dijo sin darle importancia. Lo dijo como podía haberlo dicho Desdémona, sin darse cuenta del peligro. Ella también reconocía los celos, pero no los comprendía, porque nunca había sentido ni podría sentir nunca celos. En mi opinión, no sentía la fuerza de la pasión física. Amaba a su marido con el fervor romántico con que se ama a un héroe; quería a su amigo Casio con cariño completamente inocente, como a un compañero que está muy cerca de uno... Creo que era por esa inmunidad suya a la pasión por lo que volvía locos a los hombres... ¿Comprende lo que estoy diciendo, señora?

Después de una pausa, la voz de Margharita, tranquila, dulce y un poco desconcertada, respondió:

-No..., no comprendo bien lo que está diciendo...

Poirot suspiró y dijo en tono práctico:

-Esta noche voy a ir a hacerle una visita.

CAPÍTULO IX

EL inspector Miller no era hombre fácil de convencer. Pero tampoco era fácil librarse de Poirot hasta que había conseguido lo que quería. El inspector Miller refunfuñó, pero capituló.

-...aunque no sé qué tiene que ver lady Chatterton con todo esto...

-Nada, en realidad. Ha ofrecido cobijo a una amiga; eso es todo.

-¿Cómo supo usted lo de esos Spence?

-¿Que el estilete era de ellos? Fue una suposición nada más. Me dio la idea una cosa que dijo Jeremy Spence. Le indiqué la posibilidad de que el estilete perteneciera a Margharita Clayton. Me demostró que sabía positivamente que no era de ella.

Tras una pausa, preguntó Poirot con cierta curiosidad:

-¿Qué dijeron?

-Reconocieron que se parecía mucho a una daga de juguete que habían tenido, pero que se había extraviado hace unas semanas y no habían vuelto a pensar en ella. Me figuro que Rich la habrá, a buen seguro, cogido de allí.

-Un hombre a quien no le gusta correr riesgos, ese Jeremy Spence -dijo Hércules Poirot. Y murmuró para sí-: Hace unas semanas... Sí, claro, el plan empezó hace mucho tiempo.

-¿Eh, qué dice?

-Ya llegamos -advirtió Poirot.

El taxi se acercaba a la casa de lady Chatterton. Poirot pagó la tarifa.

Margharita Clayton estaba esperándoles en la habitación del piso de arriba. Su rostro se endureció al ver a Miller.

-No sabía...

-¿No sabía usted quién era el amigo a quien me proponía traer conmigo?

-El inspector Miller no es amigo mío.

-Eso depende de si quiere usted o no que se haga justicia. Su marido ha sido vilmente asesinado...

-Y ahora tenemos que hablar de quién lo mató -le interrumpió Poirot rápidamente-. ¿Puedo sentarme, señora?

Lentamente, Margharita se sentó en una butaca de respaldo alto, frente a los dos hombres.

-Les pido que me escuchen con paciencia -dijo Poirot, dirigiéndose a los dos-. Creo que ya sé lo que ocurrió la noche fatal en el piso del comandante Rich... Todos partíamos de una suposición falsa: que sólo dos personas habían tenido oportunidad de meter el cadáver en el cofre, esto es, el comandante Rich y William Burgess. Pero estábamos equivocados; en el piso había aquella noche una tercera persona que tuvo igual oportunidad de hacerlo.

-¿Y quién era esa persona? -preguntó Miller, escéptico- ¿El chico del ascensor?

-No. *Arnold Clayton.*

-¿Qué? ¿Que escondió su propio cadáver? Está usted loco.

-Un cadáver no, naturalmente; un cuerpo vivo. Dicho en otros términos: se escondió en el cofre. Cosa que se ha hecho muchas veces en la historia. La novia muerta de «La rama de muérdago», Iaquimo, planeando atentar contra la virtud de Imogen, etcétera. Pensé en ello en cuanto vi que hacía

muy poco tiempo que habían hecho unos agujeros en el cofre. ¿Por qué? Los hicieron para que pudiera entrar aire suficiente en el cofre. ¿Por qué cambiaron aquella noche el biombo de su sitio de costumbre? Para ocultar el cofre a la vista de las personas presentes en la habitación. Para que el hombre que se había escondido pudiera de cuando en cuando levantar la tapa, y oír lo que se decía.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Margharita, con los ojos muy abiertos por el asombro-. ¿Por qué iba a esconderse Arnold en el cofre?

-¿Y lo pregunta usted, señora? Su marido era un hombre celoso. Era, además, hombre de pocas palabras. «Reconcentrado», como dijo su amiga la señora Spence. Sus celos fueron aumentando. ¡Le torturaban! ¿Era usted o no era usted amante de Rich? ¡No lo sabía! *Tenía* que saberlo. Por eso lo del telegrama de Escocia, el telegrama que nadie envió y que nadie vio. Mete unas cuantas cosas en una maleta pequeña y se la deja «olvidada» ex profeso en el club. Posiblemente se entera de que Rich no va a estar en casa y se presenta en el piso. Le dice al criado que va a escribir una nota. En cuanto se queda solo, hace los agujeros en el cofre, corre el biombo y se mete dentro del mueble. Aquella noche sabrá la verdad. A lo mejor su mujer se queda después de marcharse los demás; a lo mejor se marcha, pero después vuelve... Aquella noche, aquel hombre desesperado y atormentado por los celos *sabrá la verdad...*

-¿No estará usted insinuando que se apuñaló a sí mismo? -dijo Miller, con voz que denotaba incredulidad-. ¡Tontería!

-No, no, le mató otra persona. Una persona que sabía que estaba allí. ¡Ya lo creo que fue un asesinato! Un asesinato planeado con mucho cuidado y con mucho tiempo. Piensen en los demás personajes de «Otelo». Es de Yago de quien teníamos que habernos acordado. Envenenando sutilmente la mente de Arnold Clayton con insinuaciones, sospechas... ¡El honrado Yago, el amigo fiel, el hombre a quien siempre se cree! Arnold Clayton le creyó. Arnold Clayton dejó que se sirviera de sus celos y los estimulara, hasta hacerlos llegar al paroxismo. ¿Fue idea de Arnold Clayton el esconderse en el cofre? Puede que haya creído que lo era... ¡es probable! La escena está dispuesta. El estilete, robado unas semanas antes, está preparado. Llega la noche. La luz es discreta, el gramófono está sonando, dos parejas bailan y el hombre sin pareja está ocupándose de los discos, que se guardan en un mueble junto al cofre español y al biombo que lo oculta. Deslizarse detrás del biombo, levantar la tapa y clavar el estilete... ¡Un golpe audaz, pero muy sencillo, a más no poder!

-¡Clayton hubiera gritado!

-Si estaba narcotizado, no -dijo Poirot-. Según dijo el criado, el cadáver estaba «en la postura de un hombre dormido». Clayton estaba dormido, narcotizado por el único hombre que *pudo* haberlo hecho: el mismo hombre con quien tomó una copa en el club.

-¿Jock? -la voz de Margharita se alzó con sorpresa infantil-. ¿Jock? ¡Es imposible! ¡Pero si conozco a Jock de toda la vida! ¡No puede ser! ¿Por qué iba Jock...?

Poirot se volvió hacia ella.

-¿Por qué se batieron en duelo dos italianos? ¿Por qué se suicidó un muchacho? Jock Maclaren es hombre de pocas palabras. Puede que se haya resignado a ser amigo fiel de usted y de su marido, pero entonces surge el comandante Rich. ¡Es demasiado! Atormentado por el odio y el deseo, traza un plan que estuvo muy cerca de ser el crimen perfecto... un doble crimen,

porque era casi seguro que el comandante Rich sería culpado del asesinato. Y, ya libre del comandante y de su marido, cree que es posible que por fin se vuelva usted hacia él. Y quizás lo hubiera hecho muy pronto, ¿verdad?

Margharita tenía clavados en Poirot sus ojos muy abiertos por el horror.

Casi sin darse cuenta de lo que decía, susurró:

-Puede que sí..., no lo sé...

El inspector Miller habló con autoridad:

-Todo esto está muy bien, Poirot. Es una teoría y nada más. No hay la menor prueba. Lo probable es que no hay nada de cierto en todo ello.

-Todo es cierto.

-¡Pero no hay pruebas! No hay nada en que fundarse.

-Se equivoca. Creo que si se lo dice así a Maclaren, confesará. Con tal de que se le haga ver claramente que Margharita Clayton lo sabe...

Poirot hizo una pausa y añadió:

-Porque en cuanto Maclaren sepa *eso,* está perdido... El asesinato perfecto habrá sido inútil.

FIN